

EMILIO ORIBE

LA INTUICION  
ESTETICA DEL  
TIEMPO

*Ediciones Los Dioses Particulares*

MONTEVIDEO

1951

EMILIO ORIBE

LA INTUICION  
ESTETICA DEL  
TIEMPO

*Ediciones Los Dioses Particulares*

MONTEVIDEO

1951

*OBRAS DE EMILIO ORIBE*

POESIA

- 1915 — El Nardo del Anfora.  
1917 — El Castillo Interior.  
1919 — El Halconero Astral y otros Cantos.  
1922 — El Nunca Usado Mar.  
1925 — La Colina del Pájaro Rojo.  
1930 — La Transfiguración de lo Corpóreo.  
1938 — El Canto del Cuadrante.  
1944 — La Lámpara que Anda.  
1948 — La Esfera del Canto.  
1950 — Artigas y el Astro.

SELECCIONES

- 1944 — Poesía.  
1951 — Teurgia.  
1952 — Poemas Filosóficos.

PROSA

- 1930 — Poética y Plástica.  
1934 — Teoría del Nous.  
1944 — El Mito y el Logos.  
1948 — Platonismo y Trascendencia en Poesía.  
1949 — La Dinámica del Verbo.  
1949 — La Intuición Estética del Tiempo.  
1951 — Estudios sobre las Ideas Estéticas.

CUADERNOS NOUS, DE POESIA

- Avión de Sueños. — El Rosal y la Esfera. — Los Altos Mitos. — La Serpiente y el Tiempo. — La Luz Defendida. — La Lámpara que Anda. — Poesía Eterna. — Canto a las Pequeñas Piedras de los Ríos. — Fugacidad es Grandeza. — Palabra es Tiniebla. — La Salamandra. — El Único y otros Poemas. — El Idolo de Nadie. — La Medusa de Oxford.

LA INTUICION ESTETICA DEL TIEMPO

A Humberto Díaz Casanueva.

"La poesía busca hacerse unidad con el movimiento del Tiempo inmortal; el Tiempo a su vez se denuncia como el primer movimiento de la trascendencia que realiza la inteligencia en su afán de desbordarse de sí misma y determinarse hacia lo eterno de las cosas. Este movimiento de la inteligencia en su afán de trascender, se torna oscuro e ilegible. Por eso el alma pensante sabe muy poco del Tiempo, como el arco ignora el movimiento y el destino de la flecha que impulsó..." — *Emilio Oribe. 'Plotino'* — 1946.

I. — La Estética seguirá siendo una rama de la Filosofía o no existirá jamás. Su vecindad más próxima es la Ontología por la máscara con que las cosas bellas existen confundiendo con las del universo. Pero también la Estética se halla muy próxima de la Ética y de la Religión. No hay posibilidad de una ciencia de lo bello en el sentido riguroso que los positivistas desde Comte a Goblot entienden por conocimiento científico. Existirá la Estética como una investigación libre, de orden metafísico, apoyándose en alguna intuición genial de la razón que se revelará de siglo en siglo, ni más ni menos de como ocurrió con los grandes sistemas conocidos. Todas las tentativas para constituir una estética subjetiva o empírica, puramente descriptiva de fenómenos y leyes, han fracasado en estos últimos cien años. Ello nos enseña que hay que volver los ojos hacia las estéticas metafísicas para comprender algo de la esencia de la Belleza,

que hay que considerar a los artistas como criaturas excepcionales o divinas que escapan a las leyes comunes del existir y hay que aguardar a que el milagro del Tiempo que esconde en su tiniebla la verdad de la Belleza, nos proporcione nuevas aventuradas intuiciones que nos aproximen al misterio ontológico. ¿Qué otra actitud han adoptado los investigadores de los fenómenos religiosos? Retornar a la ontología de lo divino. Pues bien, no hay más remedio que emprender el mismo vuelo en los dominios de la belleza. Es indudable que el afán investigador de los fenómenos artísticos y de la creación de lo bello, y las cuestiones de repercusión social y moral de las artes, deben proseguirse. Pero todo ese universo de hechos constatados y explorados, aunque valiosísimo, no pertenece a la Estética, la cual tiene que ser autónoma, trascendente, puramente teórica y metafísica. Así como en el pasado, en atmósfera de mito y de belleza, crearon la Estética Platón, Aristóteles y Plotino, y entre los modernos la han ampliado Kant, Hegel y Schopenhauer, es de esperar que del seno de la gran poesía del futuro o de las intuiciones metafísicas del porvenir, continúen apareciendo explicaciones sobre la naturaleza de lo bello. La Belleza seguirá viviendo en la comunión infinita de las cosas reales, confundida con su tiempo; seguirá también intacta desnudándose en las obras de los artistas geniales, pero siempre será voluble e inasible para los mortales y sólo rendirá algunos de sus secretos a los razonamientos o intuiciones de los metafísicos.

\* \* \*

II. — La oscuridad de Heráclito ha originado incontables interpretaciones y admiraciones. Las he conocido casi todas y por haber seguido por mucho tiempo a su rival Par-

ménides, puedo arrojar ahora como descargo una oscuridad de admiración también en el cortejo de sombras que sigue a la sombra de Heráclito... Y es que pude darme cuenta de que la obra de éste es sólo un poema y que su autor es uno de los poetas mayores de la antigüedad, de la línea de Hesiodo y de Lucrecio, pero más aristocrático, enigmático y genial que ellos. El fondo permanente de la obra de Heráclito es de categoría cosmogónica y estética a la vez. Alude al universo y a la belleza al mismo tiempo. Heráclito es el poeta que integró en un solo organismo cósmico todo lo relacionado con el universo, con el conocimiento y con la belleza. Y su universo móvil es el tiempo y su fuego resplandeciente y destructor y creador es también la belleza.

¿Qué signo sensible más extraordinario, para caracterizar la intuición estética que el de la llama, o lo que es lo mismo, el fuego? Lo subyugante y lo magnífico del fuego coinciden con lo que el poeta sabe de la inspiración creadora, y las arquitecturas de las llamas dibujan el contorno de las aspiraciones espirituales y de las formas buscadas por todos los creadores. Desde la tragedia a la danza y desde las torres a los bastiones y hasta las melodías, siempre el fuego heraclitano libre, solidificado o circulante, se manifiesta con esplendor terrible. La estética infinita que llueve de las hogueras estelares hasta el brasero de púrpura del alba, siempre proclama la comunión del fuego y de la belleza. Heráclito es el creador de la Estética por ese sólo detalle, y Platón tendrá que reconocerle primacía. A cada instante, en la lectura de los fragmentos, se asiste a este prodigioso resucitar del fuego estético. Lo fragmentario en él, coincide con la más densa poesía y las metáforas que usa siempre Heráclito, son dignas de los mejores poetas. Cuando se menciona el transeurir de las cosas, la antitética coin-

cidencia del fluir de las llamas y de las olas del río, cuando colocamos esas imágenes sobre nuestra conciencia y sobre el tiempo, obedecemos al imperativo de intuiciones puramente estéticas. No entramos en comunión con el logos razonante ni con la ontología, sino con el enigma de lo poético más profundo. Lo mismo ocurre cuando Heráclito sostiene que al universo, en su naturaleza próxima como en la más superior, le está proporcionada la forma de existencia más culminada, más perfecta, más sublime. Le impone una norma de ser puramente estética. El cosmos es bello porque su logos sensible y movable es fuego ontológico y porque siempre está naciendo inédito en su llama y siempre se irá purificando en su hoguera. Ni más ni menos que como ocurre con la forma estética en la naturaleza espiritual, secreta, del artista creador. Alcanzado el aspecto de lo ígneo, el universo sumergido en la continuidad de la llama y en la periodicidad de los ciclos, se perfecciona y se embellece sin cesar como un poema viviente.

\* \* \*

III. — La Estética goza del privilegio especial de atraer y desencantar al mismo tiempo. Su destino en cierto modo parece propenso a *engendrar las antinomias*, como decía Poincaré en ciertos instantes en que hablaba de ciencia y filosofía. El problema en sí de la naturaleza de lo bello, oscila entre la metafísica y la empirie, entre el ser y el valor, entre el sujeto y el universo, entre la formalidad y la materialidad, entre la razón y la intuición. El árbol de la Estética, se levanta en el jardín paradisiaco de las artes, lo mis-

mo que aquel que hizo caer al primer hombre. El fruto que ofrece es igualmente amargo y fatal.

\* \* \*

IV. — La postulación del Ser por medio del valor llama poderosamente la atención de los filósofos que han establecido las distinciones entre lo que existe y lo que es valioso. Diferenciados entre sí los reinos de los seres y los valores, admitido que existen entes, y que los valores se proclaman en su valer y nada más, independientes de aquellas existencias, nos hallamos con la coincidencia implícita del Ser y de lo valioso en los juicios de carácter estético. Lo valioso allí se refiere siempre a un algo concreto, aunque después lo valioso puede abstraerse y pensarse en sí en el acto autónomo del trabajo del juicio de gusto. Sin embargo, si admitiéramos distinción de esencia entre el Ser y el valor, tenemos que reconocer que esa dualidad, cuyos elementos tanto se distanciaban, puede borrarse en la identidad. Ello ocurre en el enigma de los valores de lo estético. La belleza, como valiente, restablece la coincidencia absoluta del Ser y del valor, de tal suerte que el valor estético se aprehende en tanto que dura, transeurre, se convierte en tiempo abstracto. Existe entonces, una instancia única denominada tiempo, huidiza y arisca a la razón, pero accesible al hombre por medio de intuiciones exhaustivas, en donde la Belleza objetiva resplandece como valor y a la vez como presencia ontológica.

\* \* \*

V. — ¿Qué es el *algo existente*, la res, el objeto, en donde radica el valor estético? Aparentemente sería una mate-

ria particular: mármol, bronce, colores, formas, palabras, ritmos... Según las artes. En el orden natural sería el crepúsculo, el mar, el río, la montaña. Pero no es así del todo. En las artes, el valor estético se expresa en muchos algos, que son valores y seres y cosas: el nombre de un autor, por lo pronto. Este dibujo es de Leonardo, o Rembrandt, o Picasso. El saberlo influye, quiérase o nó, sobre el valor. Hay un hombre detrás del valor y el objeto valioso. Un hombre que es un nombre en sí y que puede ser admirable, odioso, muerto o viviente. Hay la belleza de lo anónimo, que supone un algo perdido que subsiste. El valor estético, en un tiempo que es suyo en absoluto, se dispone a prescindir de aquellos hechos. También coexisten con el valor estético las escuelas, estilos, razas, épocas, del autor, y el prestigio de la materia usada en la medida que ésta posea en mayor grado posible la nobleza de resistir al tiempo. Y la única manera de resistir al tiempo que posee la belleza es sencillamente identificarse con él, convertirse ella misma en tiempo. El valor estético, pues, exige un algo en donde manifestarse, pero éste es complicadísimo y hasta muchas veces inexpresable. Cuando así ocurre, es que se ha hecho patente dentro de lo estético, la inmanencia del tiempo.

\* \* \*

VI. — La cuestión sería nuevamente ésta: ¿Qué es la Belleza? ¿Qué es el Tiempo? Siempre la mente humana ha querido responder a esas preguntas y no lo ha logrado a través de sus esfuerzos geniales o naturales. ¿Por qué entonces no reunir los dos enigmas? Apenas se presenta este atrevimiento notamos, si se le acepta, que tanto en los contenidos racionales como en las intuiciones estéticas y en el

reparar del análisis de las obras bellas y de los cánones, y de los órdenes temporales, hay un cortejo inmenso de rasgos comunes. Por lo pronto, en toda intuición estética valorante, en todo juicio de gusto, se halla presente el fantasma del Tiempo. *Analizando en lo que es posible este último, tanto en los límites de su irracionalidad, como en sus relaciones con los números y en sus categorías empíricas, pasado, presente y futuro, se revela misteriosamente el delicado goce estético, fluyendo con el Tiempo, modelándose en él, embriagándolo sin cesar, ya sea en las creaciones inmortales como en la misma conciencia valorante. Para este agudo modo de ver, el Tiempo participa de la misma naturaleza ontológica de lo bello. El Tiempo es Belleza; esta última se halla implícita en aquél, ya sea que lo consideramos en nuestras vivencias como en el escenario del Universo. ¿Qué mayor belleza que exista el Tiempo?*

\* \* \*

VII. — Si las matemáticas de los pitagóricos demostraron la inmanencia del número en la naturaleza del Ser, esa reducción feliz se cumplió bajo la ley dinámica del ritmo, que es la esencia misma de la música y de lo estético. Culminando aquella síntesis suprema, la razón descubre al fin que el Tiempo, tan poco pensado por los griegos, es el que se confunde con el Ser, y se expresa igualmente como una fórmula estética de la duración.

Los matemáticos modernos han hecho resaltar la fecundidad de lo estético en esas ciencias. La única información de valor sobre algunos descubrimientos entrevistos es su sentido de belleza. Se insiste en terminar el albur de la aventura creadora sin prever sus resultados ni sus aplica-

ciones dentro de la ciencia. Es como una estratagema fría de la invención que se orienta en ciertas direcciones, sean aplicables o no, posean término conveniente o no, tengan o no tengan valor para lo científico. A esto le llaman sentimiento de belleza y lo hacen coincidir con el pensamiento de los griegos, cuando estudiaban las propiedades de la elipse por que sí, sin móvil preestablecido, pues dentro del saber de ellos tales propiedades carecían de aplicación y sólo pudieron aprovechar más tarde de ellas Képler y Newton. La belleza de los primates problemas matemáticos, es idéntica a la belleza de las formas y los ritmos pensantes y verbales, o plásticos y musicales, que experimentan los artistas. De tal suerte la voluntad estética de crear impone su ley en esos dos ámbitos divinos de la criatura humana.

\* \* \*

VIII. — En la aperccepción común entran las valorizaciones estéticas en mayor o menor grado, pero siempre están como en sobreaviso. Según la intensidad del grado utilitario, las cosas van alejándose de lo bello como valor, hasta degradarse en la consideración de la conciencia objetiva. Llegan hasta borrarse o convertirse en necesidades vitales del sujeto. El agua de un río es estética si no tengo sed, pero si llego muerto de sed a la orilla se convierte en una necesidad de mi cuerpo como el aire que respiro. En tanto eso ocurre ha dejado de ser elemento estético. Pero en la efimeridad del conocimiento de los seres, fuerzas y realidades del universo, se fijan las aperccepciones estéticas, se emancipan de las comunes, se organizan, se impregnan de contenidos vivenciales y eróticos y se subliman alrededor de criaturas humanas que inspiran temor, amor y deseo. Entonces

aquellas aperccepciones se convierten en aperccepciones míticas y en permanentes ídolos que construyen una sobreestructura mágica en la variedad de lo existente.

\* \* \*

IX. — La reducción del acto estético al imperio de la subjetividad pura, constituye un retorno rumboso a una actitud primitiva que estuvo en vigencia entre los griegos antes de Platón. También es un tributo bastardo que se rinde a la observación del hombre común, el cual experimenta lo bello a través de una reacción emocional de su yo, y encierra la plenitud de la experiencia estética en la fortaleza de su personalidad. Porque, si se analiza bien, un factor poderoso en la afirmación de la persona, es el constituido por los sentimientos estéticos. El yo impera en la enunciación del juicio y en la creación preliminar, cuando el objeto ha hecho ascender la impresión en lo íntimo. Parecería que los objetos estéticos constituyeran un mundo imposible de subsistir sin la paternidad de nuestros oídos o nuestros ojos. Romper esta prisión mágica ha sido el titánico impulso del realismo platónico-aristotélico. Quedarse en esto, es un esfuerzo de la razón humana que sólo pueden realizar las naturalezas dotadas de fina inteligencia y de capacidad de abstracción estética. ¿Qué es la abstracción estética? Una categoría especial de conocimiento que acompaña al proceso natural de la razón, pero que siempre está sometido al terrible ataque de la subjetividad, la cual procura empañar su lucidez de diamante, oscurecer su claridad, obnubilar sus admirables juicios.

\* \* \*

X. — La fuente de la Belleza está sólo en donde el pensamiento existe. O dicho en otro lenguaje: el hombre es el Ser por el cual la Belleza es real. ¿Inmanente o trascendente del ser humano? La inmanencia significa la reducción de la Belleza al espejo del alma substancial o al acontecer de los fenómenos de la conciencia. La trascendencia significa otorgar al Ser, que afonda más allá de lo impuro de nuestro conocer, la clave de la Belleza. El Ser de las estéticas metafísicas. De toda suerte, hay siempre que arrojarse, o dedicar aunque sean precarias ofrendas, al *Dios del laberinto oscuro*. O está indescubierto detrás de la trampa de nuestros sentidos, o existe en sí, determinando en nuestro universo y en nosotros las armonías durables o baladíes, a través de las cuales las callejas del laberinto nos alegran con el rostro de las cosas bellas y nos espantan con el enigma de las mismas.

\* \* \*

XI. — Los hombres han adorado muchísimo a la razón estética. Pero también han encendido múltiples antorchas en el altar de sus antítesis. Lo antitético a lo racional atrae a los artistas como una incitación que puede compararse con la de la serpiente bíblica. ¿Por qué el hombre busca con frecuencia su felicidad esencial en esa sombra? Con orgullo adánico proclama que *seremos como dioses* el día que arrojemos de nosotros el dogma de la razón y hagamos su relevo por otro cualquiera. El arte, durante siglos, ha sido excluído en lo posible de lo racional. Los irracionales poseen un poder maravillosamente sutil, que termina por encantar al hombre y a la misma razón pensante. La intuición, la locura, la poesía, el sentimiento, la libertad, el tiempo, la angustia, la Nada. ¿Serán ídolos que los hombres levantan

sobre el pedestal racional desierto, o serán simplemente máscaras que han colocado sobre el rostro tan divino como inmóvil de esa razón y de esa verdad? A pesar de que, con la inteligencia, muchos filósofos y poetas, desde Parménides y Lucrecio hasta Dante, Goethe y Poe, han construído la única fabulación que vale la pena de admirarse sin oprobio en el universo de lo bello.

\* \* \*

XII. — El espinosismo señala una culminación del pensamiento europeo y occidental, y es como un cerrojo que clausura herméticamente un tesoro que empezó a mostrarse con Parménides de Elea. En ese emporio del espíritu se conservaría lo que va desde Platón a Leibnitz, pasando por Aristóteles y Descartes. La inteligencia humana, iniciándose en un monismo racionalista identificador, se despliega como un abanico en mil escuelas y doctrinas, y al fin se clausura en otra unificación absoluta, en la *Ética*. La esfera se completa en la aventura más ilustre de la inteligencia del hombre. ¿Y la Belleza? Marcha perdida en la unidad de los atributos y modos finales. La hazaña perfecta hubiera consistido en estructurar entonces, con materiales de Platón, Plotino y Leonardo, y sintetizando el gran arte clásico y el medieval, una *Estética* en el estilo geométrico de la *Ética* de Espinosa.

\* \* \*

XIII. — Mientras que las representaciones señoriales aumentan en progresión aritmética hasta agotarse, las duraciones estéticas crecen en otra progresión creciente imprevisible y no se agotan nunca. En las expresiones artísticas superiores, a medida que se aumentan los estímulos sensi-

bles, emocionales o intelectuales, las duraciones estéticas se acrecientan sin contornos y tienden a la infinitud, a no satisfacerse nunca, a convertirse en inefables por la felicidad inagotable que proporcionan.

\* \* \*

XIV. — *La imagen movable de la eternidad.* Circula en el saber filosófico esa expresión más aristotélica que platónica. *La imagen estética de la eternidad.* Cabal significado de la Belleza, tal como la concibieron los platónicos, me parece también aceptable. *La imagen estética de la duración...* Ahí está el sentido del Tiempo, tal como debe concebirlo la conciencia de los modernos.

\* \* \*

XV. — Se desesperan los nuevos filósofos existencialistas por la ausencia de fundamento lógico que tiene el existir del hombre. Toda existencia es alógica, no tiene razón válida, ni principios, ni fines establecidos. Pero lo extraño es que no perciban que desde hace siglos el fundamento lógico de la existencia es la poesía del hombre. La poesía que se halla en la intimidad de todas las artes y de la misma Belleza creada, restablece lógicamente la razón del existir, porque le da sentido eterno al engendrar en él el deseo de inmortalidad por medio de la creación y de la creencia.

\* \* \*

XVI. — El movimiento del Tiempo no se presenta aisladamente, sino como la mutación de *un algo que transcurre.*

Pero ese algo que transcurre levanta de sí mismo una valoración referida a nuestro existir, a un placer anterior al goce vital del ser, a un dato inmediato de carácter estético. Es *lo dado estético* del Tiempo, en tanto empieza a actuar sobre nuestra conciencia. Después se nota que en ese movimiento y ese dato estético participan las realidades del mundo exterior. El Tiempo las sostiene, las embellece o las marchita, según su propio desenvolverse.

\* \* \*

XVII. — La muerte se encuentra en los límites de la existencia del poema creado, rodeándolo por todos los ámbitos. La maravilla del acto esencial del artista, aparece como indefensa ante el cúmulo de máscaras y obstáculos que se le hacen presentes: el tiempo, la tradición, la indiferencia y la propia indigencia de los medios del lenguaje, se arrojan sobre la brasa viva del canto. Este debe ser defendido por su propio valor y por la vida del poeta creador, quien debe tenazmente velar sin tregua sobre la obra poética, resguardándola de las bestias infinitas que intentan devorarlos a ambos.

\* \* \*

XVIII. — No se podrá saber nada sobre la esencia del acto poético mientras no se profundice en las fuentes alógicas de la creación. Los azares, los seres perfectos, las incorrecciones, las audacias felices, las inmoralidades fecundas, los sufrimientos... Hay una red infinitamente transparente y frágil, que el poeta arroja en todos los instantes de su vida y que igual recoge aquella estrella como esta sonrisa, aquel tono de voz como aquella tempestad. Y así. De esa red sue-

len rodar como añicos cosas y seres muy queridas y valiosas, para ser sustituidas por fantasmas y recursos secretos, dioses arbitrarios, que son fundamentales fuentes de creación.

\* \* \*

XIX. — La síntesis de los contrarios se manifiesta en aquella particularidad estética del poema, según la cual lo que ha sido creado para la eternidad se agota sin conflicto en el afán de arbitrar y contener al mismo tiempo el resplandor de todo lo fugitivo: color, sensaciones, formas, goces cambiantes, halagos de lo pasajero. La riqueza de las fugacidades y la lucidez de las apariencias, se conjugan íntimamente sin contradicción ni repudio con la propensión hacia la trascendencia y la eternidad, que constituyen la trama sustantiva del poema creado.

\* \* \*

XX. — El poema que ha logrado expresar la perfección de la idea que lo impulsó, una vez que se halla terminado y dispuesto a vencer la inmensidad movible del Tiempo, se asemeja al Ser de Parménides, en que es una plenitud y una densidad cósmica. En él coinciden y conviven en un sólo proceso activo, las apariencias y las realidades, las mutaciones sin mengua de los sentidos y la inmovilidad del pensamiento puro. No se determina por ésto o aquello, no significa una sola cuestión o un solo momento del espíritu; su determinación abarca tanto lo uno como lo otro y no es el goce particular de tal hombre o de tal época, sino de todos y a la vez distintos.

\* \* \*

XXI. — Toda gran poesía trasunta sus preferencias ontológicas. Como una densificación del fluir temporal, el canto hipostasiado en el lenguaje, circula por los labios, se hace remanso en la memoria, se enriquece en el olvido y de allí asciende a través de la historia hasta derramarse en las cosas inanimadas. ¿No hay acaso exámetros de Homero en las piedras que uno pisa en los montes de Grecia? ¿No están escritos los tercetos de Dante en las olas paralelas que vienen todos los días a culminar y a morir en las playas de Italia?

\* \* \*

XXII. — Recordando a Kant, puede decirse que las condiciones de la posibilidad de lo poético en general son a la vez las condiciones de la posibilidad de los objetos poéticos. Cuando las formas de la poesía, revestidas de universalidad y circulando en las tradiciones literarias de un idioma se revelan en las creaciones perfectas, se nota con asombro que patentizan también las condiciones formales de los objetos poéticos —mujer, océano, flor, estrella—, que dieron lugar al nacimiento de éste o cualquier otro poema. Los objetos poéticos particulares al revelarse en los cantos, denuncian en su naturaleza las condiciones espléndidas de lo poético universal.

\* \* \*

XXIII. — ¿Quién no ha caído con toda su espiritualidad en la red metafísica de las teologías estéticas de Plotino y San Agustín? ¿Quién no ha envidiado la miel ontológica que fluye de los panales ideales de Platón? ¿Quién no ha contemplado en los conceptos socráticos un vuelo y un trabajar estéticos, parecidos al de las abejas más hermosas?

¿Quién, con aire de pastor, no se ha consagrado a amansarlas en los prados de la inteligencia? ¿Quién, que se enorgullezca de su condición humana, no ha hecho esas faenas, parcial o en totalidad? Cuando el poeta, sintiendo en todas las cosas el latido de la poesía como un pensamiento que se organiza en formas gráciles y bellas, y hallando en esos signos, senderos claros dentro del enigma del existir en el Tiempo, quiere explicar a alguien o a sí mismo la particularidad de su ministerio, forzosamente levanta la mirada hacia las explicaciones teológicas y estéticas, que lo conmueven con su ininterrumpido desasosiego y su contenido ejemplar.

\* \* \*

XXIV. — Las perfecciones artísticas son el resultado de síntesis prodigiosas, en donde entran infinitos elementos, los cuales pueden muchas veces expresarse por medio de paralelismos o dualismos: así, en la danza, algunos geniales individuos logran la armonía del desenvolvimiento plástico o corpóreo en concordancia con la armonía del desenvolvimiento musical u orquestal. Son instantes únicos o jornadas excepcionales, que marchan con la leyenda de los mejores danzarines. De igual modo, en el poema, suele lograrse que la armonía del desenvolvimiento de las palabras y sus ritmos, concuerde con el desenvolvimiento de la armonía de las supremas ideas. Esta concordancia es un acto de lucidez infinita, de proyecciones muy amplias, como en Dante y Lucrecio, y de concentrados poemas modernos, como en Mallarmé, en Thompson o en Poe.

\* \* \*

XXV. — Las fórmulas conciliatorias de sistemas metafísicos muy alejados entre sí, pueden presentarse a veces descubriendo entre ellas afinidades que denuncian fundamentos artísticos. Lo artístico inmanente en los sistemas resplandece de súbito y la disparidad primaria se borra. Poéticamente, por ejemplo, podrían conciliarse el panteísmo estoico y el panteísmo de Espinosa, a través del abismo de los fundamentos de ambos y de los siglos. El pneuma o hábito de los estoicos coincide con la movilidad de los océanos y la actividad de las masas ígneas que vomitan los volcanes, y en esas y otras realizaciones la poesía se complace en insistir por medio de los cantos. La sustancia espinosiana, como una coagulación de todas las ideas platónicas en una sola realidad espiritual, parece transparentarse en la mineral serenidad del cielo nocturno colmado de estrellas, y en el recinto ardiente de cada astro al fijarse en nuestra razón. ¿Cómo no unir ambas expresiones de las realidades últimas por medio de una gran idea poética, de suerte que se pueda concebir todo lo existente como un gran pensamiento divino que, en el instante en que se piensa a sí mismo, lucha sin cesar para realizarse a sí mismo?

\* \* \*

XXVI. — Sin los acontecimientos que se suceden, sin la máscara de la eternidad, sin la identificación estética inmanente, el Tiempo se desliza como el deshenebrarse del ovillo del Ser, como un desasimiento del pensar, como una progresiva ausencia de la realidad, o como una exclusión o un escamoteo lento del universo.

\* \* \*

XXVII. — Se convierte en una peripecia del pensamiento el determinar la naturaleza de la poesía en sí, desarraigándola de las contingencias que la rodean. Entonces las abstracciones gravitan sobre el objeto poético lo mismo que las estrellas sobre una rusticidad fugaz. Esta última concluye por deshojarse en términos cada vez más frágiles, mientras que las estrellas permanecen inmutables. ¿Debe el hombre desesperar de alcanzar alguna vez lo que es la poesía? No. Existen las situaciones reales, oscuras, impuras, pero reconocibles: la poesía en el poema, la poesía en la persona, la poesía en las cosas. Siempre su signo perenne denuncia-se en esos reinos. La poesía, como dirían los existencialistas, está fatalmente arrojada en algo del universo: en aquel paisaje, en aquella mujer, en aquellas ideas. El poema es el espejo que hace de todo eso algo eterno.

\* \* \*

XXVIII. — La suprema actitud de la conciencia poética creadora sería aquella capaz de recibir en el instante presente y como originalidad, las formidables intuiciones de la experiencia con las llamas de los sentidos y los racimos del amor y odio de los hombres actuales, referidos a seres y personas de carne y hueso, que se atraviesan en los caminos del mundo, al mismo tiempo que la inteligencia fuese afinándose y diafanizándose en la tradición, bajo el hechizo de las categorías idealizadas en la Belleza de los pensamientos de Platón, Aristóteles y Plotino.

\* \* \*

XXIX. — La Fenomenología se comporta como un acopio de intuiciones en una realidad neutra, en donde lo cap-

tado no es aprehendido en su tipo de realidad sino en el de su esencia. Aquí el conocimiento se emancipa totalmente de la intuición artística, la cual se jacta siempre de alternar con realidades postuladas como diferenciándose o completamente definidas: seres, cosas, ideas, valores. Todos estos objetos son aprehendidos en su particularidad esencial: el motivo del canto, la estatua, el cuadro, la arquitectura, en tanto que se ofrecen como valores artísticos, son entes reales, particulares, macizos, de cualidades y encantos, siempre fugándose de los tipos, siempre agotándose en la riqueza de sí mismos.

\* \* \*

XXX. — Una cuestión que de tiempo en tiempo la problemática del siglo XX se plantea es ésta: ¿El amor a la naturaleza como algo estético es un hecho trascendente y legítimo? ¿No se tratará de una *inferioridad* de la criatura humana? ¿No será un residuo del pensamiento mágico, alógico, primitivo? ¿Por qué se suele identificar a la Belleza con la naturaleza? ¿Por qué el Universo debe ser hermoso? Lo real es que el Universo parece ser o es. Allí está. Lo feo, lo monstruoso, lo amoral, están en él... Pero en conjunto, al madurar o culminar una existencia, la hermosura y la perfección del mundo externo se imponen. De ahí se pasa a la adoración. No menciono las negaciones religiosas, las degradaciones teológicas, las valoraciones despectivas de los creyentes y místicos, ni el tránsito infame y condenable de la materia. Me coloco en actitud de artista y de hombre que se atiene al conocimiento puro: aquí la actitud primordial es de admiración y asombro por la naturaleza. Sin embargo, tanto para poetas como para los filósofos, la naturaleza debería ser un hecho, un elemento aprovechable,

una oportunidad, un dato indiferente, un cuadro en el que ocurren acontecimientos. El mundo de la conciencia para aquéllos es infinitamente superior. Es lo antinatural, lo que no es esclavo de las cosas. Vale más el yo creador, admirador y valorador. Pero no ocurre así. Siempre capitulamos. La naturaleza es lo importante, o más aún, es lo sacro. Divina esencia la habita e impulsa. ¿Por qué? No hay más remedio que admitir un postulado brutal: *Por que sí*. No se puede demostrar la *importancia* estética, ni la sublimidad de la naturaleza.

\* \* \*

XXXI — Ciertas circunstancias extremas del pensamiento conducen a situaciones de una intensidad trágica para el conocimiento y la comprensión de las cosas. Los límites del conocer se han agotado, las realidades se resisten a arrancarse las armaduras y el pensamiento experimenta la angustia de lo incomprensible y de la nada. En estos instantes y límites, los conceptos, en su afán de subsistir, se aferran como náufragos a las realidades ontológicas y así ocurren las hipóstasis, tan frecuentes en la filosofía. La substancialización de los conceptos lógicos se aplica dentro de lo más abstracto del pensar, como también se cumple con natural frecuencia en los conocimientos sensibles y comunes. Existen también obras de arte que resplandecen como hipóstasis sensoriales de ideas platónicas. Hay fragmentos de humanos rostros, seres espléndidos que hemos conocido, que se detienen en alguna perfección momentánea, iluminándose de belleza cognoscible. Lo bello posee un poder infinito para provocar las hipóstasis más comunes y admirables. El concepto de lo temporal, el esquema lógico que logramos construir para comprender la sucesión del Tiempo, acude a hipostasiarse en

la formulación estética. La Belleza es la hipóstasis primaria del indefinible Tiempo; la emanación de su fluencia en el vaso de la experiencia sensible, se confunde con la coagulación de su fugacidad incontenible en las creaciones artísticas.

\* \* \*

XXXII. — Desde Platón, la Ética monta guardia en los portales de la belleza, como una censura permanente. En el plano inferior de las ciudades, los moralistas montan guardia en torno a la obra de los artistas creadores. Actúan sin la postulación platónica de la primaria existencia de la idea del bien, y al faltarle este apoyo se degradan radicalmente, convirtiéndose en torpes canes guardianes de las obras bellas, ofenden la vida y las creaciones de los poetas y manchan los umbrales de los templos que pretenden vigilar.

\* \* \*

XXXIII. — El pensamiento en estado de tensión obedece a leyes diferentes de las del mismo pensamiento en períodos discursivos o socializables. La tensión creadora es una excepción dentro del conjunto de los seres conscientes: se comporta igualmente en el ministerio de lo poético como de lo científico. La tensión del pensar unifica en sí misma todos los poderes del hombre, desde las intuiciones y los recuerdos hasta los signos expresables. Se solidifica una unidad substancial que borra las distinciones habituales; así el pensamiento interior se apoya en la palabra, la cual es como fundida de nuevo por el fuego del primero. También las vivencias poéticas, los ornatos remotos de la especie y del individuo, las caricias heladas de las ideas y los paraísos del

sentimiento, pasan a formar unidad esencial con los símbolos y las imágenes y los ritmos del lenguaje. De ahí resultan los paralelismos subjetivos y objetivos de la Belleza creada, la que se constituye en un anónimo tumulto de la intimidad y asoma en los poemas, para quedar inmutable como objeto ideal existente en sí, lejos del creador y de su Tiempo.

\* \* \*

XXXIV. — La existencia humana, en tanto se orienta hacia aspiraciones de inmortalidad, se comporta como un conocimiento trascendente que ilumina el destino de los seres pensantes. Tenemos un conocimiento de lo inmortal que se opone a la ceguera de vivir. Para vivir y morir no necesitamos razón de conocer. Vivimos simplemente. Apenas queremos salir de la ceguera y nos arrojamos a pretender conocer lo que es nuestra vida y nuestro espíritu, denunciamos que ha nacido en lo hondo del Ser la instancia apetente de inmortalidad. Todo conocimiento es un preludio de inmortalidad. Si ese conocimiento enfoca los problemas fundamentales, es porque ya la propensión de ser inmortales nos impulsa. ¿Qué otra cosa haríamos en la inmortalidad sino ser fuentes incesantes de conocimientos? El simple vivir, lo que constituye la mayor parte de nuestra existencia, se halla ausente de teoría. Es entitativa práctica y actividad biológica. Es una prodigiosa ceguera. Somos ciegos cuando vivimos y actuamos. El conocer ilumina sin cesar todo eso, se mezcla, se empaña allí; llegará un instante en que se independice, se haga creación y especulación lógica, y entonces ya enderezamos hacia lo inmortal. El *Yo pienso, luego existo*, de Descartes, podría expresarse así: *Yo pienso, luego soy inmortal*. La animalidad corpórea ignora esta ma-

niobra que el conocimiento realiza como un escándalo para escapársele. Miro los hombres en una plaza o en un estadium, miro las hormigas en un bosque, miro las estrellas en el cielo. ¿Son idénticas formas de existencia? Lo son en tanto los hombres no se percaten de que piensan, de que *conocen* lo que los rodea, de que pueden crear comedias o sistemas políticos y filosóficos. Pero apenas ocurre ésto, aunque sea en tímidos esbozos, ya la idea de inmortalidad aparece y se impone por medio de sus normas de vida.

\* \* \*

XXXV. — La meditación sucesiva sobre la Belleza y el Tiempo, llevóme a la conclusión que ambos dominios constituyen los problemas especulativos más importantes para el hombre actual. La razón siente la imantación de lo temporal y de lo bello con igual fuerza. Los artistas creadores concentran en ambas realidades todo el existir y el crear: la vida, la muerte, el destino, el azar, todo lo que gravita sobre el arte, se halla encerrado en esos dos extremos: Tiempo y Belleza. La fugacidad y la contingencia del existir, le otorgan dramaticidad permanente a la cuestión. La Belleza de la obra, amenazada siempre por nuestra muerte, nos hace sufrir la tortura del Tiempo que debemos emplear para crearla o admirarla. ¿Por qué no intentar explicar el Tiempo a través de la Belleza? La naturaleza estética del Tiempo parece imponerse al entendimiento como una forma satisfactoria para comprender el gran misterio que atrajo igualmente a San Agustín y Heidegger. ¿Qué es el Tiempo? La forma dinámica de la Belleza. La realidad del universo se anuncia en una sucesión que tiene un signo común constante de naturaleza estética. La música de Bach es una

metafísica estética de lo temporal. Se confirma en ella la identificación de lo temporal y de lo estético. Schopenhauer vió la trascendencia de la música en la inmersión del espíritu en la Voluntad cósmica, pero también puede ser la música la patentización cósmica del Tiempo hecha sensible. Las formas artísticas superiores se hallan impregnadas de temporalidad y aquellas que se enorgullecen de reinar en el espacio, están en éste como en un tiempo coagulado. *La naturaleza estética del Tiempo no ha sido observada por ningún filósofo, pero ha constituido siempre un oscuro saber de los artistas creadores.* ¿Qué es, en efecto, el Tiempo para los grandes inventores de formas artísticas? Un despliegue posible de creaciones estéticas: algo estético que oscuramente transcurre. Es también una Belleza siempre en acto de fluencia, a través de imágenes y estructuras, que borran los límites y los dualismos de espíritu y materia, de forma y contenido, de fuego creador y de heladas palabras.

\* \* \*

XXXVI. — La duración temporal, enriquecida por las alternancias, denuncia su procedencia estética por medio del ritmo. El ritmo está presente en las artes y en la naturaleza como una revelación solícita de la naturaleza estética del Tiempo. Las formas rítmicas van constituyéndose como enhebradas por el hilo del Tiempo y la Belleza, que construyen la música, la poesía y la danza, denunciando su procedencia cósmica, independientemente de la intromisión de lo subjetivo.

\* \* \*

XXXVII. — Cuando se introdujo la metáfora del río en la noción del Tiempo de nuestras vidas, ya se empezó a acla-

rar el dinamismo estético que en sí evidencia lo temporal. Las olas del tiempo no son isócronas, la sucesión en ellas las divide en magnitudes diferentes, según la densidad de belleza que arrojen en las playas del vivir. El tiempo histórico de los griegos y el del Renacimiento están representados en la memoria de la humanidad como una poderosa muchedumbre de obras de arte inmortales. Son como islas formadas por el transcurrir del río; desde lejos continúan embelleciendo a las generaciones, lo mismo que las estrellas que son islotes de fuego flotante en el tiempo de la eternidad. Los astros, primordialmente, son bellos. Después serán otras cosas: los físicos y astrónomos descubrirán otras naturalezas en ellos, pero antes que nada son productos puros de la Belleza inmanente en el Tiempo.

\* \* \*

XXXVIII. — El inconstante espejismo del Tiempo atrae con su poder misterioso, lo mismo en lo profundo del pozo de nuestro existir como en la intimidad de la obra de arte. Cuando entro en el Louvre o en un museo de Florencia, concurre a una exhibición de un Tiempo estético petrificado: exteriormente, en la superficie de la percepción, veo lo histórico, lo racial, la naturaleza y las formas humanas. Las atraigo hacia mi existir, y el pasado viene al presente según mis planes y después retorna a sí mismo como obedeciendo a un resorte elástico. Esto ocurre en un tiempo colmado de imágenes e ideas superficiales pero de contenido estético profundo. Más allá, yo sé que el Tiempo, con su devenir, su evolución, su continuidad, impregna toda aquella belleza admirada por miles de seres pensantes, productos también del mismo Tiempo inmortal. ¿Qué es éste? Una Belleza no definible que se cumple en una Belleza definible, a través

de nuestras vidas y de nuestras obras. En los mismos museos me detengo a contemplar los bellos ojos o las líneas admirables de alguna viajera. La hermosura vital de ese ser humano que cruza, resaltada por la Belleza que la circunda, está sometida a la modulación del Tiempo. *El presente, el hoy, el fugaz instante, la definen como una culminación instantánea de miles de olas oscuras de Tiempo estético que han venido a resplandecer ante mis ojos en este momento, y a traerme la clave del misterio metafísico de la temporalidad.*

\* \* \*

XXXIX. — Las olas oscuras del Tiempo se hacen conciencia en un presente continuo que las ilumina y les da existir. Suprimido este instante en que escribo, todo mi Tiempo pasado y futuro se derrumba. No puedo saber lo que ocurrirá luego; sólo sé que en alguna forma lo encontraré como preestablecido después en lo que me ocurre ahora. ¿No es hermoso que ésto sea así? ¿No existe un orgullo estético en el pensamiento cuando medita sobre estas verdades de experiencias tan simples? ¿Las obras artísticas no obedecen igualmente a tal proceso? Al crearlas, el hombre no capitula ante ninguna forma a priori: el poema y el drama toman direcciones imprevistas y libres. Nadie puede prever una Divina Comedia ni unos dramas de Shakespeare, anticipables, desarrollables según un propósito determinado. El secreto de las artes coincide con el secreto del Tiempo: una misma esfinge sonrío en el fondo del instante y en el ritmo de los cantos. La memoria en lo temporal es lo histórico en las artes. El pasado está muerto para el artista en el instante de crear: las obras clásicas y renacentistas dejan de vivir y resplandecer y *sólo un imprevisible presente inicia*

*sus desarrollos hacia un futuro de tinieblas.* Lo que sostiene todo ese trabajo de la intimidad humana es la vida suspendida en la magia del Tiempo presente.

\* \* \*

XL. — ¿Cómo se expresa la dinámica estética del Tiempo? En la conciencia del individuo, sobre la superficie oscura del devenir vital, en su borrosa fugacidad primaria, se percibe algo así como un resplandor. ¿Es el conocer, el vivir, el dejar de no ser...? La duración se va haciendo estética entonces y sólo por eso ya el existir es soportable y adorable. Pero tanto como ese dato primitivo estético, el Tiempo expresa el fluir que todo lo borra. Lo bello se constituye para detenerlo y como es la primera manifestación colmada o perfecta, irradia su poder y se erige en el monarca de todo principio.

\* \* \*

XLI. — La actualización del Tiempo en el presente siempre variable de la conciencia, junto a su inefable noción de vivir, de ser, proporciona un dato primitivo de carácter estético. El vivir es algo hermoso en ese instante fugaz y mínimo. Lo agradable de tal información elemental constituye el signo de nuestra espiritualidad, por el conocimiento implícito en él. Por encima de tal información estética, el ser pensante sostiene la arquitectura de su personalidad, su cultura, su historia, su expansión en el universo. El Tiempo, desde su fluencia continuada, nos ofrece la flor de la luz y del existir, y proyecta esa belleza inmanente en el universo circundante.

\* \* \*

XLII. — Las experiencias fundamentales del Tiempo son estéticas. Tienden a valorizar estéticamente el existir del hombre y el mundo que lo rodea. Por ello el Ser tiende a permanecer en el Ser, y no le concede realidad a la negación del ente, ni a la presencia de la muerte. La idea de la eternidad acude a la inteligencia humana por virtud de este afán estético de vivir constituyéndose en la promesa del goce infinito de la Belleza espiritual.

\* \* \*

XLIII. — Lo que resulta evidente entonces es que el sentimiento de la Belleza, no es extranjero a la naturaleza íntima del Tiempo. ¿Qué sentido tiene el Tiempo sin esa noción agradable de Ser, sin ese dato estético de vivir, de conciencia oscura que tiende a la claridad? Todo eso, en estado natural y normal es estético, y algo de ello vieron Guyau y los vitalistas y los partidarios de la *empfindung*, pero se aturdieron con las proyecciones objetivas y sensibles de lo bello y olvidaron que ya en el Tiempo venía anteriormente dándose la prioridad pura de lo estético.

\* \* \*

XLIV. — El Tiempo es para el hombre pensante, más que la dimensión de su existencia y más que la advertencia inevitable de su muerte. El yo consciente intuye al Tiempo por encima de las contingencias del vivir individual. El Tiempo denuncia más que el pasar sin término ni sentido, el arrollarse y desintegrarse de su vellón sutilísimo en los telares de la conciencia. El huir tan fugitivo de los días se presenta doloroso para el hombre cuando éste, sumergido en

intereses y cosas, riquezas y goces, olvida el primario carácter del Tiempo, su vital tono hedónico y la Belleza inmanente que lo engendra.

\* \* \*

XLV. — En el transecurrir de mis meditaciones sobre el Tiempo llegué fatalmente a un instante en que comprendí su unidad con la Belleza. Me di cuenta de que la génesis de la idea de bello coincidía con el conocimiento de lo temporal y que ambas nociones son absolutamente inseparables en su origen y desarrollo. La Belleza dejó de ser propiedad de los objetos y las obras, para coincidir en la dimensión temporal de las mismas, constituyéndose en una realidad ontológica. Las ideas platónicas, en su afán de emanciparse del Tiempo, no hicieron más que patentizarlo bajo las categorías de eternidad y perfección. Pero descendiendo de ellas al sujeto que experimenta las imágenes sensibles de los objetos denominados bellos, se descubre en éstos y en la conciencia del artista que los creó, la comunión de la fluencia del Tiempo con la percepción desnuda de la Belleza. ¿Por qué la Belleza física de los seres depende para nosotros de las mudanzas del Tiempo? Sencillamente, porque ambas son una misma realidad. ¿Por qué el artista quiere vencer al Tiempo? Porque ha intuído, sin saberlo, su carácter estético, sin el cual la obra de arte muere al instante.

\* \* \*

XLVI. — Llegué al convencimiento de que toda aprehensión estética es conocimiento simbólico del Tiempo. En la imposibilidad de poseer representación mental concreta de éste, con anterioridad a sus formas de pasar, de dividirse en

estados, de presentarnos irreversibilidad, confundimos nuestra vitalidad con un goce estético de la misma. Ahí se halla el nacimiento de la noción de lo bello que descubre más tarde la realidad de la Belleza ideal, constituida como una marea por las olas innumerables de los instantes.

\* \* \*

XLVII. — Heidegger culminó la estimación ontológica del Tiempo al colocarlo en el centro de toda indagación sobre el ser. La cuestión se halla hoy en pleno desarrollo, desde las obras de Bergson y Husserl, hasta los últimos trabajos de Lavelle (*Du temps et de l'éternité*) en el dominio de la filosofía. Las ciencias, por su parte, enfocan el problema de la naturaleza del Tiempo en infinidad de investigaciones matemáticas y físicas. *En ningún lado se establece sin embargo la vinculación del Tiempo con la Belleza, o de los fenómenos estéticos con los datos temporales. La primordial afirmación que se debe hacer es que el Tiempo se hace presente en la conciencia como algo estético. Y que jamás pierde ese carácter. Están allí implícitos los datos siguientes: el tono hedónico, la irracionalidad, la sorpresa, el misterio, la vinculación solidaria e indisoluble con el vivir... El ser se siente durar y vivir estéticamente. Por eso vive y no renuncia jamás a ello, hasta que su naturaleza se oscurece o perturba. El Tiempo es algo bello en sí: por lo que encierra como hecho, por su pasado, por las promesas de su porvenir.* Los millares de fuerzas y de mundos que resplandecen en la grandeza del firmamento estelar giran confundidos en una duración colmada de Belleza. También, Tiempo y Belleza, constituyen el patrimonio irrenunciable de la inteligencia humana. No se concibe un ser inteligente sin la gravitación del

Tiempo en sí mismo y sin la noción de la Belleza que lo subyuga. *El atrevimiento de vincular lo estético y lo temporal, y de tratar de comprender algo sobre la naturaleza del devenir del Tiempo confundiéndolo con la problematicidad de la Belleza, se me presenta con nitidez desde hace años, como fruto de la experiencia del mundo y de la locura de crear algo. Lo bello es durable, lo bello es eterno; tiene que ser así. La fugacidad misma es estética.* El instante que se vive más es el que proporciona el éxtasis estético de ser. Ambos extremos se presentan enjorjados de una irracionalidad subyugante para el artista creador. El *Fausto* de Goethe lo proclamó al constituirlo en clave de sus problemas mundanos. Y la poesía y la música modernas, tanto como la filosofía, han acentuado firmemente la presencia ontológica del Tiempo en todos los laberintos de la Belleza. La esencia del existir consiste en este detalle mínimo: poder ser. Las posibilidades infinitas de ser se concretan en una sola finalmente. En mi existir. Las demás son imposibles. Sólo puedo realizar una posibilidad de ser. Y bien. Esto es soportable porque es algo bello en sí. Es bello ontológicamente que el Ser sea y que la Nada no sea. Más que la lógica nos dice algo al respecto la estética. Igual ocurre con el crear y con la contemplación de lo bello. La esencia del crear consiste en poder crear con belleza. En todo; nadie quiere engendrar monstruos o prohiar fealdades. Y bien, la creación estética presenta posibilidades infinitas, pero sólo es realizable de una manera: este cuadro, esta sinfonía, este templo. Las creaciones se limitan a una sola especie de obras, o a una obra en conjunto, con un sello propio de individualidad. Después se acumula todo ese proceso trágico y bello en un nombre: Homero, Beethoven, Goethe. ¿En qué categoría final permanecerán esos nombres? En la del Tiempo. ¿Cómo

quedarán? Como entes de Belleza. Por todas estas evidencias confirmo el hecho de que, tanto en lo que se refiere con las intuiciones primordiales, como en lo que revelan las experiencias sensibles complejas, como en lo que confirman las valoraciones históricas y culturales, como en lo que trasciende de la problemática metafísica, *existe una identificación secreta, indisoluble, esencial, entre lo estético y lo temporal, y que es posible que sólo se pueda conocer algo del Tiempo a través de la Belleza implícita en él.*

\* \* \*

XLVIII. — Todas esas estrellas que contemplo esta noche desde un campo de Cerro Largo, se hallan flotando en un Tiempo errante que se me aparece inmóvil como una niebla coagulada. Mis ojos no logran detener el proceso de mi pensamiento con sus engaños sensibles. No. Allí está el Tiempo dándome la imagen de la eternidad y del instante en el mismo acto. Pero si analizo bien lo que coexiste allí y en mí mientras observo ese cielo, me doy cuenta de que es la coincidencia de su sublimidad y su belleza. De igual suerte que los astros, nuestro existir personal se halla suspendido en un Tiempo que lo impregna y lo rodea por todas partes. En ese sentido me parezco a los témpanos del océano; el agua los constituye en lo íntimo y los arrastra en sus corrientes. Así, no hay duda: estoy en un Tiempo infinito del cual gozo una mínima parte. He dicho gozo porque es así. Podría decir vivo, tomo conciencia, poseo. *Pero si analizo bien, si consigo determinar un estado simple de conciencia rápida, lo identifico con un placer diferente de todos y que es la más mínima presencia de lo bello que se me revela. Tiempo y Belleza son una misma realidad; no pueden expli-*

*carse, ni siquiera comprenderse el uno sin la otra.* La mayor o menor intensidad del Tiempo se marca en el espíritu por un cambio que se traduce como una noción de placer o displacer estético. No se trata además de que anote un simple dato subjetivo, personal, discutible, al destacar en mi interior la intuición de una duración estética, y que de ahí ascienda a explicarla por procedimientos psicológicos. Se trata de reconocer en el dato inmediato del existir consciente la presencia de un Tiempo universal, objetivo, ontológico, idéntico en naturaleza y existencia a una Belleza universal, objetiva, ontológica.

\* \* \*

XLIX. — La dialéctica del Tiempo, como la dialéctica de la Belleza, son imposibles de concretar. Carecen de expresión lógica y se envanecen de pertenecer a los procesos plotinianos de la intuición, desplegándose más allá del imposible discurso. Pero púedese recurrir al símil. Es frecuente admirar las montañas según dos vertientes muy distintas. De un lado existe un jardín interminable, con climas y tierras ardientes o templadas, con lluvias y granjas. Del otro lado de la montaña se extienden zonas inaccesibles, peñascos y nieves, abismos, tesoros de materiales para monumentos o edificios, incitaciones al heroísmo y a la muerte. Sin embargo, esas dos vertientes forman una sola magnitud o un solo sistema. La unidad se halla en un vértice inaccesible por las tempestades y las nieves y en las estructuras invisibles de la entraña de la tierra. Tal es el caso, me parece, de la Belleza y del Tiempo. Lo problemático de ambos, a pesar de sus diferencias en lo superficial, los une. La imposible dialéctica de su ontología, la cerrada tiniebla de su conocimiento, la variedad de sus riquezas objetivas y la raíz

de sus vivencias, la simplicidad de sus actos sublimes y la complejidad de sus desarrollos en la persona y en la historia, todo coincide en unificar las dos vertientes en que se presenta una misma realidad. *La reflexión no brota de la entraña del Tiempo, ni del mirar lúcido de la Belleza; ambos nos hacen caer en las epistemologías negativas que desembocan en las evidencias del no pensar, pero en cambio el factum estético es connatural con el factum del Tiempo.*

\* \* \*

LI. — Yo he visto cadenas de montañas en el atardecer, opuestas al occidente, recoger los rayos solares y persistir algún tiempo iluminando con sus reflejos a modo de lámparas, los umbrales de la noche que crece en los valles. Es un espectáculo de sublimidad y delicadeza. Las montañas entonces son gigantescos lampadarios rosados, azules o amarillentos, que están como suspendidos del cielo. Sin embargo, se afirman y reposan en la tierra y se ensanchan en basamentos de crecientes sombras. *Esta es la parábola de la afinidad del Tiempo y la Belleza. El primero hace como que desaparece en las manifestaciones estéticas que se superponen a él; sin embargo, es la razón de su existencia. La Belleza a su vez es la lámpara del Tiempo: jamás se proclamará a sí misma como expresión de la temporal; su orgullo consiste en el olvido que hace del misterio de su coexistir con el Tiempo. Ambos conviven una misma identidad ontológica, como las montañas reales, que son en verdad, lámparas gigantes suspendidas del cielo.*

\* \* \*

LI. — Un hecho que poderosamente llama la atención en las investigaciones estéticas, es la degradación y el empo-

brecimiento progresivo que se van realizando en el pensamiento a medida que se ahonda en los proplemas de la Belleza y el Tiempo. La opulencia inicial de formas, fantasías y colores, los paraísos hedonísticos que se vislumbran de lejos, las riquezas y las manzanas de oro que rozaron nuestras manos, se van ocultando y empalideciendo poco a poco para dejarnos solamente el residuo de los más áridos arenales. A medida que se avanza, más pobre se siente uno en señoríos, opulencias y dominios. Todo termina muchas veces en un orgulloso y altivo virreinato de esquemas y cenizas y el filósofo ha cumplido con "el voto de pobreza en materia de conocimiento" de que habla Husserl, cuando se hunde con la frente ardiente y esquiva en la dignidad de un saber de muy pocas cuestiones.

\* \* \*

LII. — De acuerdo con las afirmaciones categóricas enunciadas al principio de esta Intuición Estética del Tiempo, la investigación ordenada de la naturaleza de lo bello tendrá que seguir en poder de los temperamentos metafísicos, los cuales indistintamente la buscarán en la naturaleza y en el tiempo, en las obras de arte y en el alma de los artistas creadores. La programación de una investigación filosófica no excluye la posibilidad de enunciar algún plan empírico racional de carácter previo. En consecuencia, señalaré una ruta de posible fecundidad. *El cosmos estético, identificado con el Tiempo, comprende cuatro amplios dominios dentro de su grandiosidad sin límites. Son los siguientes, aplicándolos los esquemas de la fenomenología.*

- a) El dominio de los objetos naturales dotados de Belleza. El cielo nocturno, la montaña, la rosa, el crepúsculo.

- b) El dominio de los objetos ideales que constituyen el conjunto de las obras de arte. La arquitectura, la música, la poesía. Las artes mayores y menores.
- c) El dominio de los valores estéticos. Lo bello, lo sublime, lo trágico, lo grácil, lo cómico. El ritmo, el color, el sonido, la melodía, la simetría, la proporción.
- d) El dominio de lo Divino, trascendente a los otros tres. El Theos creador, la Idea platónica, el Ideal hegeliano, el Nous.

Puede el entendimiento estudiar las particularidades de cada dominio y al mismo tiempo señalar la armonía cósmica, el vínculo substancial que enlaza la infinitud de las partes. Para comprender estas dos formas de existencia dentro de lo estético, es necesario apoyarse en la razón suprema y pasar después a una intuición metafísica y estética que abarque la totalidad. Es posible que en ese instante el espíritu humano necesite escudarse en un acto de tanto esplendor como el que experimentaron Plotino, Espinosa y Hegel. *Pero en lugar de una determinación monista de tipo místico, de tipo estético o de tipo ético como las anteriores, sea necesaria una intuición estética que unifique en un sólo proceso, el Ser y las apariencias, el devenir y la quietud, la unidad y la multiplicidad, dentro de una presentación de las cosas existentes e ideales coincidiendo siempre en la Belleza que las ilumina o engendra. Queda también reconocida la necesidad de vincular el Tiempo a esta organización del cosmos estético. Esto conduciría a la novedad de integrar todo lo estético dentro de la dimensión temporal metaempírica y a considerar que la naturaleza ontológica del Tiempo constituye una dimensión fundamental de la Estética.*

Con un propósito aclaratorio y analítico, para satisfacer

curiosidades, no sería difícil enumerar algunos detalles de estos dominios. 1.º *Consideremos el de los objetos naturales dotados de belleza.* Son las cosas bellas que constituyen el orgullo de nuestra existencia pasajera, en tanto que nos consideramos artistas u hombres. ¿Quién niega la hermosura del cielo estrellado, que subyugó al caldeo, a Fray Luis de León y a Kant? ¿Quién niega la belleza de los cisnes, los torrentes, las nubes del alba con la púrpura del horizonte? Lo eterno del Aconcagua es el asiento de su majestad y de la nieve, el viento, la sublimidad, el misterio. Están también los seres bellos: los jóvenes, las danzarinas, las sonrisas, los movimientos, los artificios, las ficciones. Está el amor, con un polo en el platonismo y otro en la carne. Son realidades temporales, corporales, espaciales y contienen su causalidad. En este dominio hay planos: el del hombre vulgar, el del artista, el del sabio, el del conquistador, el del soñador, el del joven, el del anciano. También está la conciencia del hombre que reproduce y modifica esos panoramas a través del sentimiento, la memoria, la imaginación. 2.º *Consideremos ahora el dominio de los objetos ideales que constituyen el conjunto de las artes.* Nuestros ojos se detienen ante las esculturas de Miguel Angel o Rodin o recordamos las obras de Bach o Debussy. Después nos entregamos al desfile mitológico de las artes: la danza por un lado y la arquitectura por otro. Y los sistemas y las teorías, desde Aristóteles a Hegel y Taine. Morirán los pintores pero subsistirá la pintura. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía. ¿Qué notamos en este dominio? La idealidad, la intemporalidad, el ser y la formalidad en vez de la corporalidad. Innumerables problemas se estructuran a su alrededor: la historia, la creación, los estilos, los orígenes, la Filosofía

del arte, las escuelas, los movimientos de vanguardia, el clásico y el futurista. Este dominio de los entes ideales es el más amplio de la Estética. 3.º *Consideremos ahora el dominio de los valores estéticos.* ¿Habrá que insistir en que este dominio simula hallarse estructurado sobre los otros dos ya descriptos y se ufana de ello en la rosa que vemos y en el verso que oímos? ¿Cómo separarlo de él? Aquí se entrará de lleno en la axiología estética y en sus caracteres originales. El acto estético puro, la intuición valorativa estética, la *empfindung*, la inspiración, la catarsis, todos estos temas de las viejas filosofías y de las especulaciones últimas de la fenomenología, se agruparán en el portal de este monumento reluciente de los valores estéticos. Pero, por ahora, sólo habría que indicar que las vivencias estéticas *son conocimientos*. La filosofía, a través de una gnoseología especial, quiso determinarlas. El creador de la Estética, Baumgarten, y el filósofo de la Crítica del juicio, los psicólogos de la percepción, los místicos de la *empfindung*, los intuicionistas emocionales. ¿Los valores estéticos son ideales o reales? Hay que entrar en la gran polémica que va de Meinong hasta Max Scheler. Es indudable también que el estudio de una Axiología Estética conduce al fin a la Metafísica de lo Bello, a través de las corrientes idealistas de Hegel, Schopenhauer, San Agustín, Plotino y Platón. La Estética de los Valores es un capítulo reciente de las viejas y venerables estéticas objetivas llamadas también metafísicas. Para terminar, diríamos que la esfera de los valores estéticos presenta el estudio de los caracteres de autenticidad, irracionalidad, polaridad, cualidad, rango y materia, que convienen a todos por igual y por naturaleza. 4.º *Consideremos ahora el dominio de lo Divino.* Podría ser el dominio también del suprasensitivo o de lo inexperimentable por principio. Aquí habría

que entrar en las doctrinas y en el Theos de Platón y Aristóteles, de Plotino, de los místicos, de San Agustín, de los panteístas como Novalis y de los metafísicos y estetas como Schopenhauer y Nietzsche. Existe lo divino artístico: para acercársele hace falta una mística y una dialéctica; el artista creador posee esas dos claves. Me doy cuenta ahora de que he señalado las direcciones más esenciales de los dominios del *cosmos de la duración estética* y que esto es sólo un preludeo incitador de un programa de vastísimas proporciones. También debo aclarar que creo que esta manera de presentar el estudio de los enigmas de la Belleza unidos a los del Tiempo, es un punto de vista bastante original en el que habrá que insistir.

Montevideo, 1948.

Este libro se terminó de imprimir  
el día 22 de agosto de 1951,  
en los talleres gráficos "Gaceta Comercial"  
Plaza Independencia 717  
Montevideo